

DON JOSE ROMERO

ESCASSI *

por EDUARDO IBARRA HIDALGO

No hace aún dos años y medio, el 23 de Mayo de 1993, resonaba en esta sala la pausada y bella voz del académico Don José Romero Escassi pronunciando su excelente y bellísimo discurso de ingreso en esta Real Corporación, que yo tuve el honor de contestar en nombre de la Academia.

Hoy vuelvo a tomar la palabra con esa misma honrosa representación para recordarlo con motivo de su reciente fallecimiento. Pero quisiera que mi intervención en este acto en pleno mes de Noviembre llegara a un auditorio lleno de la misma alegría y esperanza con las que desarrolló el de aquel día luminoso del mes de Mayo, porque para los hombres de fé la vida se transforma, no se quita, y entre nosotros está el espíritu de José Romero Escassi, libre ya de las ataduras de aquella enfermedad que entonces ya minaba su robusta constitución, que tanto le hizo padecer, resueltas ya las dudas, las perplejidades que los misterios de la vida y de la muerte preocupaban a su clara inteligencia.

Si, alegría y esperanza en el mes de Mayo y también en el mes de Noviembre, dos fechas que si son tan distintas para los que aún deambulamos por estos parajes, son la misma para el que por la misericordia de Dios gozará ya de la eternidad.

* Intervención de D. Eduardo Ybarra Hidalgo en la sesión Pública de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras en recuerdo de D. José Romero Escassi el 4 de Noviembre de 1994.

¿Qué ha de decir en este acto que no dijera en el de recepción de D. José Romero Escassi?

El mismo me saca del apuro, porque examinando aquella mi intervención echo de menos en primer lugar una referencia a su humana personalidad en lo doméstico y otra referida a una más detenida consideración de su formación en las tan varias actividades, científicas, artísticas y literarias, tan profundamente vividas y que voy a poner de manifiesto, desde un ángulo personal suyo, tan personal como unas notas manuscritas por él mismo.

En la faceta de su humanidad, yo resaltaría las cualidades de D. José Romero Escassi como amante padre, amoroso de sus hijos. Las relaciones paterno filiales tantas veces desechas en los tiempos que corren, se mantuvieron no ya incólumes, sino extraordinariamente reforzadas a través de una vida llena de las circunstancias más diversas. Unido a sus hijos y a sus hijas supo mantener la unidad familiar. Bien puede recordarse con el salmista «son saetas en manos de un guerrero los hijos de la juventud; dichoso el hombre que llena de ellas su aljaba», porque en la hora de la prueba, en la hora del dolor, ellos respondieron con esa compenetración con el padre para el que fueron auténticas saetas de su aljaba, al rodearlo siempre de cariño y cuidados.

Tengo la suerte de tener tres folios escritos de puño y letra de Don José Romero Escassi en los que hace referencia a su vida científica literaria y artística desde su juventud, folios que conservo como inapreciable regalo de un amigo y que en parte me sirvieron para mi discurso de contestación al suyo de ingreso.

De forma sencilla, sin engolamientos, con un estilo directo, cuenta su recorrido vital por esos tan variados campos. Junto a los hechos vividos, hace confesiones de sus sentimientos de sus andas y perplejidades.

Me parece que el mejor homenaje que puedo hacer en memoria de nuestro académico, para que ahí quede perennemente su recuerdo, es pura y sencillamente transcribirlos en su integridad. Su lectura sin comentarios ni interpolaciones es el mejor testimonio de esa polifacética, y para sí mismo exigente personalidad y de quien por último muy brevemente destacaré sus principales obras en las artes plásticas y literarias.

* * *

Empieza: «Han sido demasiadas las cosas que han atraído mi interés y mi curiosidad, para poder con mis menguados medios abordarlas con provecho.

Hubiera deseado desdoblar mi personalidad y mi persona: dedicando una de ellas a corretear mundo como perro callejero y otra vivirla en clausura permanente, laboriosa y contemplativa.

Al término de mi vida me encuentro insatisfecho de no haber saciado mi curiosidad ni haber perseverado en mi vida profesional con mayor profundidad.

Este estado de zozobra, ya se puso de manifiesto en mis años escolares. Mi único suspenso en bachiller, se debió a mi inoportuno descubrimiento de Bécquer en un mes de mayo quinceañero.

Estudí medicina con interés pero no fuí alumno empollón; mi expediente recorrió toda la escala de calificaciones según los alicientes que encontré en las distintas materias y en el talante de los profesores.

Podría decirse que fuí alumno heterodoxo, si consideramos la recitud ejemplar en la puntual asistencia a las clases y al cumplimiento del programa oficial.

Debo proclamar mi recuerdo imborrable del malogrado profesor Rodrigo Sabaleta muerto prematuramente en la explosión de Cádiz. El fue mi mejor profesor en la ciencia y en la conciencia profesional.

Fuí alumno interno en su catedral de Patología Médica de Sevilla; esta ocupación se compaginaba con mi asistencia esporádica al laboratorio de Arte y a las clases impartidas por Don Francisco Murillo que me ilustró en el saber histórico del Arte con su oratoria decimonónica. Pero en aquellos tiempos la biblioteca de arte se queda parada al llegar al impresionismo francés.

También asistía las lecciones de Jorge Guillén que mi iniciaron felizmente en la literatura contemporánea estableciéndose así una relación personal que nos reunía semanalmente en casa de un anciano señor que vivía muy cerca de esta casa de los Pinelo, en la calle de Segovias. Se llamaba nuestro anfitrión Don Timoteo Orbe, jubilado de la Casa Ybarra, era muy amigo de Unamuno de quien guardaba una larga correspondencia. Este señor era un gran melómano y nos confeccionaba en las tarde del domingo unos programas musicales que después comentábamos en el pequeño cenáculo que nos reunía.

Así se inició mi experiencia musical junto con los conciertos de la Bética de Cámara que dirigía Ernesto Halfter de quien fuí amigo tiempos después.

Al filo de nuestra guerra civil mi dilema estaba en encontrar mi camino entre dos disciplinas de dedicación tan opuesta: la medicina me exigía permanecer radicado en mi sitio de trabajo y eso era incompatible con mis ansias de conocer mundo. El arte me ofrecía mas alicientes en ese punto, pero me faltaba formación y por supuesto el arte moderno era cosa aborrecida en estas latitudes.

Fueron los de mi generación precedente del Grupo mediodía, quienes me estimularon con su amistad y sus saberes: Eduardo Llo-sent, Adriano del Valle, Joaquín Romero, Juan Sierra y Pablo Sebastián.

Pero mi gran fortuna fue el encuentro con Pepe Caballero ya iniciado nuestro conflicto guerrero. Discípulo de Vázquez Díaz, que era a su vez mi mayor admiración, fue quien me alentó con un entusiasmo y una cordialidad incomparable que decidieron mi dedicación al arte.

Mi salto a Madrid pasando por Burgos en los últimos meses de nuestra guerra me permitieron entrar en las amistades para mí mas valiosas y duraderas: Ridruejo, Lain, Rosales, Vivanco, etc.

Mis primeras obras fueron principalmente como ilustrador de poetas.

Mi confirmación la hizo Eugenio D'Ors en su Academia Breve de Crítica de Arte donde fui presentado por Aznar.

Vázquez Díaz fue mi norte en pintura aunque ya mi gran admiración se dirigía hacia Píscasso que se nos aparecía en un Olimpo inaccesible. Fue para mi un milagro ser recibido con tanta cordialidad algunos años después en París.

Hice alguna incursión en la escultura con el maestro Angel Ferrant». Así pone fin a las notas.

* * *

¿Como empleó Romero Escassi esas sus cualidades en el arte y en la literatura?

Debemos añadir a esas notas que terminó la licenciatura de Medicina en Madrid y que posteriormente y hecha también la licenciatura en Bellas Artes, obtuvo la plaza de Catedrático numerario de Anatomía Artística en la Escuela, después Facultad de Bellas Artes de la Universidad Hispalense.

Pero con independencia de su labor pedagógica, plasmó su arte en dos direcciones: una la ilustración de libros y otra en obras de gran envergadura en edificios públicos.

En el primer apartado señalaremos que ilustró las obras literarias y poéticas de los escritores más significados de la época:

- «Los Angeles de Compostela» de Gerardo Diego.
- «Retablo Sacro del Nacimiento del Señor» de Luis Rosales.
- «Antología Poética 1993-1948" de Agustín de Foxa.
- «Juegos de Agua» de Dulce María Loymaz.
- «La doncella y el río» de Dionisio Ridruejo.
- «Tierra y Canción» de Joaquín Romero Murube.
- «Cuaderno de Soria» de Gaspar Gómez de la Serna.
- «Moguer» de Juan Ramón Jiménez.
- «Centro de Luz» de Miguel Hernández.
- «La Muerte» (ensayos) de Sebastián García Díaz.

En el otro aspecto son suyas:

—La pintura mural del Salón de Actos del Colegio Español de París.

En el edificio NO-DO de Madrid.

En el edificio central de la Lotería Nacional de Madrid.

En la Casa Shering, S.A. de Madrid.

Mosaico en el Frontón de la Universidad Laboral de Córdoba y en el edificio central del Banco Hispano Americano de Sevilla.

Vidrieras: Universidad laboral de Córdoba.

—Iglesia de los Sagrados Corazones de Sevilla.

—Banco Andalucía de Sevilla.

—Colegio de las M.M. Irlandesas de Sevilla.

Esta dedicación a las artes plásticas, no fue obstáculo para continuar su actividad literaria, sobre temas artísticos o biográficos sobre artistas, entre los que destacan sendas monografías: «El dibujo Español Contemporáneo» y «El Grabado Español Contemporáneo» ambas publicadas por la Dirección General de Bellas Artes.

En la colección «Artistas Españoles contemporáneos» publicó la biografía de Angel Ferrant, uno de los mejores escultores de la primera mitad de nuestro siglo, a quien mucho conocía por haber sido su discípulo.

Un estudio sobre el universal Pablo Ruiz Picasso, titulado «Picasso en persona», publicado por la «Revista de Occidente». Es interesante comprobar como empiezo a conocer la obra del artista malagueño, en una sesión del Ateneo de Sevilla de 1935. Desde entonces estudió sus obras distinguiéndolo el pintor como a su mejor amigo «sevillano» (Quizas el único).

Su último escrito no creo fuera otro que el bellísimo discurso de ingreso en esta Academia, que tituló «Lenguaje Visual».

Nos decía, en respuesta y conclusión final al problema planteado sobre cual sería la mejor forma para manifestar nuestros pensamientos, como traducir en arte los fenómenos psíquicos que el impulso artístico se manifiesta en sus orígenes con franca superioridad sobre la actividad intelectual coherente y mientras el arte adquiere toda la grandeza que podemos constatar en todo su recorrido histórico, el razonamiento estético propiamente dicho, ha quedado rezagado sin apenas sobrepasar los rudimientos. De todas las ciencias del espíritu, ha sido seguramente la estética, la de desarrollo más despacioso y problemático y añade —y lo transcribo porque es digno de escucharlo por sus propias palabras por lo que de trascendente tienen para su final que tan cerca acechaba— «el arte no da contestaciones absolutas; da significados que no anulan otras significaciones posibles, de aquí las grandes diferencias que vemos entre unas y otras formas de representación. Por igual condicionamiento el arte no alcanza la totalidad de la realidad presente y hasta el arte más detallista y meticuloso no pasa de ser una síntesis parcial un conocimiento fragmentado de la gran complejidad que nos rodea. Tampoco la ciencia alcanzará nunca el saber total de lo que se propone; siempre quedará una cara oculta. Y en la frontera de ese incierto panorama donde se debate nuestro vivir entre dos luces, unas sentidas y otras presentidas, o deseadas, en tanto que la totalidad de la realidad nos sobrepasa».

Con ese planteamiento el que José Romero Escassi deja clara la limitación humana, que si la considera en relación con la imposibilidad de obtener la verdad total y completa, en el arte y en la ciencia, ello es extensivo a los demás problemas de la existencia y por ello es digno de consignar el acto de fe con el que terminaba su discurso:

«Verlo todo en acto único, de una sola vez, es el atributo que la teología reconoce en el Ser Supremo».

Y José Romero Escassi después de un largo sufrimiento corporal y espiritual llevados con ejemplar talante, tuvo la dicha de poner en las manos de ese Ser Supremo, de Dios, sus perplejidades, sus dudas, ante los incomprensibles misterios —fuera de la fe—, de la vida, y de la muerte.

Por eso en definitiva el acto que celebramos es de alegría y de esperanza.